

MARGARITA SALAS, LA PASIÓN POR LA CIENCIA

Victoria Camps
Catedrática emérita

Uno de los muchos prejuicios que tenemos que rebatir las mujeres en la larga carrera por la emancipación y la igualdad es el de que no somos aptas y capaces para cualquier tipo de conocimiento. Siempre ha habido un sesgo de género en la percepción de los distintos saberes, determinado claramente por la división del trabajo que ha mantenido durante siglos a las mujeres apartadas de la formación, del mercado laboral y de la vida pública. Con algunas excepciones. Puesto que eran ellas las que asumían la responsabilidad de lo que hoy se denomina “cuidados”, la enfermería nació como una ocupación exclusivamente femenina. También eran y siguen siendo mayormente mujeres las maestras, ya que la primera enseñanza tiene tanto o más de asistencia y cuidado que de transmisión de conocimientos. Hasta tal punto es así que, en el caso de las primeras maestras, no importó que éstas fueran analfabetas -así, literalmente-, ya que su función consistía en enseñar a las niñas a rezar y coser. En los tiempos en que yo estudié, la carrera de Filosofía y Letras era también una carrera mayoritariamente femenina. El 80% éramos mujeres; el resto, curas y jovencitos que solían compatibilizar esa carrera con otra más seria y productiva, generalmente la de Derecho. ¿Para qué querían los hombres instruirse en filosofía, historia o filología? ¿De qué iba a servirle ser un “letraherido” a quien tenía como obligación y destino hacerse cargo del sustento familiar? Sólo había en aquella época una carrera de ciencias que, sorprendentemente, atraía a las mujeres, la de Farmacia. Tal vez porque la salida natural se desempeñaba por lo general en una tienda, un espacio en el que la presencia de mujeres no era tan chocante como lo era imaginársela en un laboratorio científico.

El sesgo femenino ha sido superado en algunos casos con una celeridad asombrosa. Si hace cincuenta años era extraño que en un hospital te atendiera una mujer médico, hoy casi se han invertido los términos. Han proliferado las juezas, las periodistas, las economistas, las psicólogas, hasta sobrepasar en número a sus colegas masculinos. Pero hay un ámbito de conocimiento que se resiste a ser invadido por mujeres. La ciencia y la técnica no atraen en el mismo grado que otros saberes al género femenino. Hay pocas ingenieras y pocas científicas. Nos preguntamos a qué se debe. Cierto que no hay tradición ni modelos de grandes científicas del pasado. Pero tampoco las hubo en la Medicina, en la Economía, en la Filosofía o en la Historia hasta que la Universidad empezó a masificarse. Intriga no dar con la explicación de que cueste llenar de alumnas las Facultades de Ciencias o las Universidades Politécnicas.

Conmemoramos en este número de *Encuentros Interdisciplinares* la figura de Margarita Salas, recientemente fallecida. Una mujer apasionada por la bioquímica, que representa la excepción a una regla o una costumbre que parece difícil de romper. ¿Por qué, en el caso de las mujeres, florece con dificultad, en comparación con otros campos del saber, la pasión por la ciencia?

No hace muchos años, el 12 de enero de 2005, el presidente de la Universidad de Harvard, Lawrence Summers, se despachaba en una conferencia diciendo que si las mujeres no lograban destacar en matemática, en ciencia o en ingeniería era por una “incapacidad” innata en ellas. No hace falta añadir que las declaraciones provocaron un gran revuelo, no sólo entre las feministas. ¿Qué base científica podía alegarse para la supuesta ineptitud del sexo femenino para la actividad científica?

No es de recibo a estas alturas mantener la teoría de que las mujeres carecen de cabeza para las matemáticas y las ciencias puras. El conocimiento actual atestigua que no hay en el cerebro ninguna

diferencia que sea determinante para el desarrollo de las aptitudes de hombres y mujeres. La experta en neuroimagen cognitiva, Gina Rippon, es beligerante al referirse a las “neurotonterías” que han proliferado sobre las diferencias en el cerebro de los hombres y las mujeres, derivadas del sexo. No es cierto, ni hay base científica para sostener que los hombres son racionales y lógicos, mientras las mujeres son emocionales y sentimentales. Hoy sabemos que el cerebro está dotado de una plasticidad que le permite acomodarse y desarrollar distintas capacidades de acuerdo con la educación y la experiencia vividas. Las pequeñas diferencias que pueda haber entre el cerebro masculino y el femenino, como la de que este último es algo más ligero que el de los hombres, no condicionan el comportamiento de unas y otros. La leyenda según la cual las mujeres tienen mayor disposición para realizar muchas tareas al mismo tiempo, al contrario de los hombres que sólo ordenan sus actos si los colocan uno después de otro, puede tener una explicación verídica, que no es otra que la costumbre en la forma ancestral de actuar de cada sexo. La misma costumbre que explica que los hombres se orienten mejor en los mapas que las mujeres y que éstas son más aptas para cuidar a su prole. ¿A qué jugaron cuando fueron niños o niñas?

Lo determinante es la cultura, las costumbres, eso que los griegos llamaron *ethos*, una manera de ser que se inculca y se asimila a base de hábitos, de imitación de modelos. Cuando Carole Gilligan le enmienda la plana a su maestro Lawrence Kohlberg para señalar que la evolución moral de la niña no es la misma que la del niño, porque aquella tiene como referencia no tanto la ley como las tareas del cuidado, no está defendiendo una manera de ser específica del sexo femenino, sino una adaptación cultural a los menesteres para los que se la ha destinado. Las mujeres no son mejores cuidadoras ni más responsables que los hombres porque lo lleven en los genes, sino por adaptación a una obligación que siempre fue considerada femenina. Por lo mismo, encuentran más sentido y gratificación en el cuidado de los demás que los hombres. Y entienden, como dice la misma Gilligan, que el cuidado es un valor tan necesario e importante como la justicia, una afirmación insólita hace sólo cincuenta años.

Por eso la pregunta que hay que hacerse es qué debe cambiar en las costumbres para que el sesgo masculino con respecto a la ciencia y a la técnica deje de existir. Es un sesgo que jamás fue un obstáculo para que Margarita Salas emprendiera su carrera como investigadora bajo la influencia de eminentes científicos entre los que se encontraba el premio nobel Severo Ochoa. Los grandes referentes de todos los saberes han sido, hasta hace poquísimo, siempre masculinos. Ha pasado también con la filosofía, en cuyo pasado hay que hurgar con mucho empeño para encontrar alguna filósofa ilustre.

Los modelos vigentes impiden cambios culturales que son aceptados como inevitables y necesarios. Como también lo hace esa otra losa que se cierne sobre el desarrollo cultural de las mujeres al que hemos llamado “techo de cristal”, también fruto de la costumbre. Un informe reciente de la Fundación La Caixa pone de manifiesto un hecho que lo corrobora: las ayudas a la investigación científica son demandadas por hombres y mujeres indistintamente hasta que los investigadores entran en la etapa *senior*. Es ahí cuando las mujeres parecen decaer en sus “ambiciones” profesionales con respecto a los hombres y dejan de pedir ayudas.

¿Somos menos ambiciosas en la lucha por desarrollar una vocación científica? ¿No será, por el contrario, que tenemos prioridades más incompatibles con las obligaciones propias de un investigador sea cual sea la materia que investigue? Es evidente que las mujeres tienen que ubicar la maternidad en alguna etapa de su vida, una preocupación que para los varones ocupa un lugar secundario. No es que no quieran ser padres; es que dan por supuesto que la carga de la paternidad es insignificante comparada con la que implica decidirse a ser madre. La dificultad de conciliar tareas tan dispares como el cuidado de los hijos (o de los padres ancianos) y la dedicación a una tarea tan absorbente como es la investigación científica, explica muchas diferencias que siguen siendo discriminaciones, desde la brecha salarial al techo de cristal que no sólo es un obstáculo para que haya más científicas, sino que lo es para que haya más presidentas de gobiernos, rectoras de Universidad, directoras de las

grandes corporaciones. Las mujeres, ya emancipadas en lo fundamental, se quedan a muchos propósitos a medio camino.

Sin duda la maternidad es un impedimento considerable para la carrera profesional de la mujer. Antes de escoger una dedicación que suponga tantas horas como requiere el trabajo científico para llegar a destacar, a tener un equipo de investigación potente y ocupar un alto lugar, es lógico ponderarlo despacio. Pero esa dedicación se les supone también a las mujeres que eligen la medicina, una ocupación sacrificada donde las haya. Y, sin embargo, son multitud las mujeres que optan por ser médicos. Si no lo logran es precisamente porque son muchas y no alcanzan la calificación que les permite ser seleccionadas. Algo que, sin embargo, no ocurre con las ciencias experimentales, mucho menos demandadas y de acceso más fácil que las ciencias de la salud.

El panorama sucintamente descrito hasta aquí nos lleva a pensar que esa especie de reticencia de la mujer a verse como científica se debe a fallos en el punto de partida. La ciencia pura y dura atrae menos al elemento femenino sin que, por otra parte, haya fundamento para que así sea. No debería ser así. Hay que revertir esa falta de atractivo incentivando directamente vocaciones científicas femeninas.

El reciente *revival* que experimenta el feminismo ha propiciado, entre sus objetivos, una ofensiva destinada a suscitar en las jóvenes la vocación por la ciencia. Las escasas mujeres que ocupan puestos de responsabilidad en centros de investigación punteros asumen como uno de sus compromisos el de seducir a las más jóvenes e incitar en ellas la pasión por la ciencia. Lo hace con obstinación encomiable María Blasco en el CNIO. Lo hizo Margarita Salas desde la Universidad, de la misma forma que su incorporación a la Academia de la Lengua fue decisiva en la imparable feminización de dicha institución. En contraste con su carácter discreto y poco beligerante, Margarita Salas no escatimó esfuerzos para aprovechar el prestigio que tenía y ponerlo al servicio de la captación de mujeres allí donde pudo hacerlo. A su manera, los medios de comunicación han captado el mensaje y echan una mano cuando se prestan a entrevistar a mujeres científicas y hacerlas visibles a un público más amplio. El auge que están teniendo en nuestro tiempo los documentales encuentra ahí un filón que no duda en aprovechar.

Pero hace falta algo más. Hace falta una implicación real y decidida de las políticas públicas. La discriminación positiva, una medida de entrada discutible y discutida sobre todo desde el punto de vista jurídico, ha tenido consecuencias palpablemente positivas en algunos campos. Allí donde se ha aplicado una imposición de la paridad, especialmente en el ámbito de la política, ha conseguido resultados que han invertido del todo la situación anterior. No basta intentar un diagnóstico certero que dé con las causas de la reticencia femenina con respecto a la ciencia. Lo que motiva los comportamientos humanos es demasiado complejo para tratar de entenderlo a partir de unas causas concretas. Lo que está claro es que las mujeres pueden ser tan buenas investigadoras como los varones, perfectamente capaces de desarrollar sus capacidades en ese campo. Luego, lo que se impone es poner las medidas para que lleguen a hacerlo. Incentivarlas, persuadirlas, ofrecerles la zanahoria que las atraerá a un mundo hasta ahora poco considerado en el abanico de sus preferencias. De la misma forma que las becas, por ejemplo, benefician a los estudiantes procedentes de familias desfavorecidas o con nivel adquisitivo bajo, ¿por qué no habrían de beneficiar también a las mujeres, uno de cuyos condicionamientos negativos es el haber formado parte durante siglos del sexo oprimido?

La igualdad de oportunidades, uno de los objetivos del Estado social de Derecho, no se alcanza sólo proveyendo el acceso material de todos los individuos a la misma educación o formación. No todos los que formalmente tienen acceso a las mismas oportunidades pueden aprovecharlas adecuadamente. Por diversas razones, que no siempre son la escasez de recursos materiales. Dicha falta suele ir acompañada de deficiencias culturales igualmente determinantes en la imposibilidad de aprovechar las oportunidades. Pero, como he venido diciendo, también hay sesgos consuetudinarios. Y son los más difíciles de cambiar o corregir porque apenas se aprecian, están normalizados. Uno de tales sesgos es el que deriva de la apreciación de ciertas disciplinas, como la matemática, la física o la

química, como propias de hombres. Ante tal sesgo, no basta ponerlo de manifiesto, como no bastó poner de manifiesto que un Parlamento sin mujeres era poco democrático. Para que el Parlamento se llenara de mujeres, los partidos políticos tuvieron que obligarse a introducirlas en sus listas. Lo mismo habrá que hacer con las mujeres para que acudan a las Facultades de Ciencias y conciban la investigación como un objetivo interesante también para ellas. Hay que empujarlas, en el sentido que Cass Sunstein da a ese vocablo: *nudge*, un empujoncito que propicia determinados cambios.

Volviendo a la cuestión de la igualdad de oportunidades y sus insuficiencias, puede servirnos la crítica llevada a cabo por Martha Nussbaum y Amartya Sen proponiendo en su lugar el enfoque de las capacidades. La tesis viene a ser esta: más que ofrecer oportunidades a las personas para igualarlas, lo que se debe hacer es fomentar en todas unas capacidades básicas. Las capacidades son la respuesta a la pregunta “¿qué es capaz de hacer y de ser esta persona?”. Son, dice Sen, “libertades sustanciales” para elegir y actuar. Hasta que esa libertad sustancial no la tengamos todos y todas, no se habrá conseguido una auténtica igualdad. Las capacidades constituyen un valor que habría que poder medir, y tal vez una forma de hacerlo es a partir de algo que nos indique que todos, hombres y mujeres, son capaces o pueden de hecho, escoger lo mismo.

Que las mujeres aún no poseen las mismas capacidades que sus congéneres masculinos lo evidencian ciertos datos, uno de los cuales puede ser esa resistencia a reconocer la actividad científica como algo a su alcance. Existen las “preferencias adaptativas”, nos dicen los sociólogos. Ello significa que, aun cuando teóricamente ciertas preferencias están abiertas a todos, los hechos ponen de manifiesto que no es así porque las circunstancias de cada uno le llevan a “adaptar” sus preferencias a lo que percibe como posible o a su alcance. Una forma, si no la única, de eliminar esos condicionamientos es propiciando lo necesario para que la persona que los padece no los vea como insuperables. Hay que facilitar la superación.

El valor de mujeres como Margarita Salas fue mostrar que no hay un género “incapaz” -como supuso el presidente de Harvard- para ciertos conocimientos. Hay prejuicios que revierten en la falta de modelos a los que imitar. La educación sigue teniendo vicios imperceptibles incluso para las mujeres, que impiden ver los sesgos en el tratamiento de niñas y niños. Si no fuera así, habríamos erradicado la trágica violencia machista que no desaparece porque el niño y el joven siguen percibiéndose como dominadores naturales. Celebremos y recordemos la vida y la obra de Margarita Salas, una mujer que supo anticiparse a su tiempo y mostrar que la pasión científica no conoce de géneros.